

POR ENTRE LAS BRUMAS DE LA MEMORIA. JOSÉ SARAMAGO: CRUCES BIOGRÁFICOS Y FICCIONALES

Miguel Alberto Koleff

Facultad de Lenguas
Universidad Nacional de Córdoba

Resumen: Esta comunicación se detiene en el análisis del libro *Pequeñas Memorias* de José Saramago con la intención de trazar puntos de contacto entre la biografía personal del autor y su proyecto narrativo, poniendo el acento en el proceso de «ficcionalización» que da cuenta de una experiencia de vida actualizada por el discurso de la memoria.

Palabras clave: Memoria, ficción, biografía, experiencia.

Abstract: This article focuses on the analysis of the novel *The small memories* by José Saramago in order to establish links between the author's biography and his narrative project. It stresses the process of fictionalization of a life experience revisited by the discourse of memory.

Keywords: Memory, fiction, biography, experience.

I

*“finalmente, colocar lo cierto y lo verdadero
donde hasta entonces había reinado lo dudoso
y lo indeciso”*
(José Saramago)

Tal vez sea el escritor rumano Elie Wiesel quien con mayor profundidad conceptual planteó la importancia del «recuerdo» como imperativo ético para la vida contemporánea. En una entrevista concedida a Ekkehard Schuster y Reinhold Boscher-Kimmig formula algunas de sus observaciones que –por cierto– se traslucen en sus publicaciones narrativas. A mí me interesa recalcar –a modo de prólogo de mi exposición– en aquéllas que se abren paso atravesando el discurso historiográfico para contraponerle una dimensión subjetiva y ética. Dice al respecto Wiesel:

los historiadores no tienen la memoria como base de su ciencia sino solamente los hechos históricos. El recuerdo no lo aceptan ni siquiera como supuesto metodológico. Muchas veces contraponen la historia al recuerdo. Sin embargo, aun cuando pueda haber recuerdo sin conocimiento de hechos históricos, jamás una historiografía sin recuerdo. Necesitamos una filosofía que sirva de base a la historiografía. En contra de todo lo que hasta ahora se considera que tiene que ser, o sea, que la historiografía debe ser objetiva y neutral, yo creo que la

historiografía no puede ser objetiva ni neutral, sino que necesita una perspectiva ética. El historiador tiene que obrar partiendo de principios éticos, su posición debe basarse en la ética, y cuando estudia documentos y destinos humanos tiene que estar animado por un apasionamiento ético (Metz & Wiesel, 1996, p. 96).

El punto de partida de Elie Wiesel es su propia experiencia vivida en los campos de concentración de Auschwitz y Buchenwald a la que puede acceder a través, no de un documento escrito, sino de una profunda revisión de la propia conciencia. La «obligación de recordar» es el leit motiv de su vida y se contrapone a la «enfermedad del olvido» (p. 77) que parece pautar la historia contemporánea. Glosando al autor

La memoria no opone resistencia al tiempo: trasciende el tiempo. Es una pequeña pero importante diferencia (...) Oponer resistencia al tiempo significaría ignorar el tiempo y los hechos que suceden en nuestro tiempo y que hacen de él lo que es. Trascender el tiempo significa aceptarlo, acogerlo y traspasarlo para conseguir una visión general del tiempo (...) La memoria quiere recordar la realidad, lo doloroso y lo menos doloroso. Pero por lo general, la memoria quiere deshacerse de lo doloroso, no quiere recordar dolores. Nuestro cuerpo, por ejemplo, intenta eliminar el dolor (...) La memoria, en cambio, quiere recordar todo. La selección de lo que recordamos es moral. Las actitudes actuales se orientan en el pasado, tanto en el pasado remoto como en el reciente (...) Mi compromiso resulta de ese recuerdo (Metz & Wiesel, 1996, p. 97).

Estas citas de Elie Wiesel que convoqué como prefacio orientan la lectura que aquí pretendo esbozar sobre la memoria

como constructora de la biografía personal ya que se trata de una experiencia subjetiva enmarcada por el deseo de inscribir en la escritura la potencialidad de la fuerza evocativa.

II

Me gustaría referirme a José Saramago recuperando dos de las frases que más me conmovieron cuando todavía no sabía nada sobre él pero ya accedía a su literatura: “*Vivimos para decir quienes somos*” y “*habitamos en una memoria*”. En el tiempo en que estas palabras me alcanzaron, José las repetía a cada instante como una suerte de fortuita recurrencia y se pueden leer en los innumerables reportajes que se le hicieron antes de que ganara el Premio Nobel de Literatura en 1998. De todas las explicaciones posibles escojo aquéllas que él mismo le brindara en forma exclusiva a Juan Arias en su residencia de Lanzarote en oportunidad de la redacción de su libro de conversaciones titulado *El amor posible* (Arias, 1998). Respondiendo a la interrogación del periodista, José señala:

Desde el punto de vista biológico soy el mismo que cuando tenía cinco, seis, siete o treinta años, pero no soy la misma persona. ¿Qué es lo que cambia? Es como si fuéramos dos: uno que cambia y otro que asiste al cambio. El que cambia no es que no sepa por qué cambia, lo que no sabe es por qué caminos se hace el cambio. Y el que asiste tampoco lo sabe porque está fuera (p. 31).

Y un poco más adelante agrega:

Nosotros vivimos en un lugar como puede ser el pueblo donde nací, pero en el fondo habitamos en una memoria, por tanto, incluso cuando yo estaba en Lisboa, antes de venirme aquí, Lisboa ya no era mi ciudad. La ciudad donde yo habitaba era otra, era la ciudad de la memoria, estaba viviendo en otra ciudad que ya no era mía. Era mi ciudad porque estaba viviendo allí, pero la imagen de la ciudad, la relación con una ciudad es algo que tiene que ver, sobre todo, con la memoria que de ella tienes. Tú cambias, el lugar cambia y parece que, lógicamente, la imagen que tienes debería ir cambiando porque tú vas cambiando y porque tienes una relación más o menos pacífica con los cambios que van ocurriendo, pero te das cuenta, si piensas en ello, de que mantienes una imagen, como una foto, que se te quedó dentro, y que todas las imágenes que vienen después no alcanzan a borrar ese tiempo, que puede ser el de tu infancia, el de tu adolescencia o puede ser el de tu madre. Es decir, que no se define por una determinada época de la vida personal. *Si volviera hoy a mi pueblo, ése ya no es mi pueblo, mi pueblo está en mi memoria* (p. 46) (El subrayado es mío).

Estas dos ideas pero sobre todo la esbozada en la última frase me permiten abrir la reflexión que aquí pretendo esbozar siendo fiel a Saramago.

Prometida algún tiempo atrás¹, el autor portugués publica en 2007 *As pequenas memórias* [*Las pequeñas memorias*] (Saramago,

¹ En sus anotaciones del 19 de agosto de 1991 hace referencia a estas inscripciones biográficas. Según puede leerse, “se trata más de registrar, por lo pronto sin gran preocupación de sucesión cronológica (sin embargo, con un irresistible frenesí), casos y situaciones que, puestos en movimiento por una potencia memorizadora que me asombra por inesperada, se precipitan hacia mí como si irrumpiesen de un cuarto oscuro

2007)² texto en el que vuelve imaginariamente hacia el pasado restaurando a través del recuerdo los años de su infancia y adolescencia, insuflándolos de un espíritu de perennidad. Este viaje a los tiempos idos se hace desde el presente histórico (los 84 años del autor) y recuperando un viejo género: el *libro de memorias*, ceñido en este caso a un lapso temporal circunscripto que arranca con el nacimiento y que llega a los dieciocho años recién cumplidos³. Si originariamente el libro se pensó en dimensión metafórica –como lo atestigua el primer título que había pensado para él: *O livro das tentações* [El libro de las tentaciones]- intentando imprimir en sus páginas la “*manifestación teratológica del espíritu humano capaz de subvertir nuestra permanente y por lo visto indestructible animalidad*” conforme él mismo lo explica en la página 41, el nuevo título –y el que efectivamente quedó- se limita a una empresa mucho más sencilla: “*las memorias pequeñas de cuando fui pequeño*” (2007, p. 44), aquellas que se rehacen a través de la rememoración y de la voluntad de permanencia.

y cerrado donde, antes, no hubiesen podido reconocerse unos a otros como pasado de una misma persona, ésta, y ahora se descubren, cada uno de ellos, condición de otro, y todos ellos, de mí. Y lo más asombroso es la nitidez con que, letra a letra, se están reconstituyendo en mi cabeza las palabras y los rostros, los paisajes y los ambientes, los nombres y los sonidos de ese tiempo remoto que fue el de mi infancia, de mi segunda infancia, hasta la pubertad” (Saramago, 1998, p. 130).

² Las citas corresponden a la edición en español en todos los casos.

³ Conforme señala Karl Weintraub, “en las ‘memorias’, el hecho externo se traduce en experiencia consciente, la mirada del escritor se dirige más hacia el ámbito de los hechos externos que al de los interiores. Así, el interés del escritor de memorias se sitúa en el mundo de los acontecimientos externos y busca dejar constancia de los recuerdos más significativos” (Weintraub, 1991, p. 19).

Según queda explicado, la recurrencia al género del *libro de memorias* en su uso particular está acotado al deseo de traer “*el pozo del pasado*” –como le gustaba decir a Milan Kundera- hasta el presente para restituirlo –ahora, a través de su dimensión histórica- a los fines de decirse “*quién es*”. Las *Memorias* –todos sabemos- es un género en expansión a partir del siglo XIX.⁴

Atendiendo a esta definición uno podría preguntarse el porqué de esta reducción epocal en la autobiografía saramaguiana. El mismo Juan Arias se lo preguntó tiempo antes cuando lo entrevistó y especuló al respecto. La respuesta –creo yo- es sencilla y se encuentra en la propia obra narrativa del autor la que según sus propias palabras lo pinta en cuerpo entero.

Hay una coherencia muy fuerte entre la persona que soy, la vida que tengo, la vida que he vivido y lo que escribo. No es una coherencia absoluta, pero creo que es una consecuencia de que no pongo a nadie, y me estoy refiriendo al narrador, a contar cosas. Soy yo quien las está contando. El espacio que hay entre el autor y la narración está ocupado a veces por el narrador, que actúa como intermediario, a veces como filtro, que está allí para filtrar lo que pueda ser demasiado personal. El narrador está ahí a veces para ver si se puede decir algo sin demasiado compromiso, sin que el autor se comprometa demasiado. Diría que entre el narrador, que en este caso soy yo, y lo narrado no hay ningún espacio que pueda estar ocupado por esa especie de filtro condicionante o de algo impersonal o neutral que se limita a narrar sin

⁴ Consultar al respecto el artículo de Anna Caballé (1991).

implicaciones. Se puede decir que hay una implicación personal en lo que escribo (Arias, 1998, p. 35).

Se podría objetar a través del pasaje citado arriba que José Saramago da rienda suelta al mito de la transparencia en el texto que tan caro resulta a los literatos desconstruir. Y probablemente sea cierto ya que la tan proclamada independencia del narrador tiene por objetivo asumir a través de la novela la voz propia autoral en desmedro de la falta de compromiso de la máscara ficcional⁵: “En sustancia, yo soy la materia de lo que escribo” (36) afirma contundentemente. Y ya que de frases he partido, tomo esta sugerencia para recordar otra de sus tantas frases célebres, aquella que dice que los libros escritos por él deberían estar rodeados de una faja al ser puestos a la venta que diga “Atención, este libro lleva una persona adentro”⁶. Si consideramos que la obra narrativa de José Saramago comienza en 1977 con *Manual de pintura e caligrafía* [Manual de Pintura y Caligrafía], teniendo su autor 66 años se entenderá entonces que sólo la infancia y la adolescencia es el período no revelado en sus textos y que –por esta razón- se exige a sí mismo narrativizar en forma particular.

⁵ Señala José Saramago a Juan Arias: “precisamente esa coherencia de la que hablábamos retira esa máscara de narrador que está ahí para contar las cosas con toda la objetividad del mundo, sin implicarse. Cuando digo que quizá no sea un novelista, o que quizá lo que hago son ensayos, hablamos de esto precisamente, porque la sustancia, la materia del ensayista, es él mismo” (Arias, 1998, p. 36).

⁶ “José Saramago en Lanzarote. El cuento de la isla desconocida”. Artículo publicado en Revista *Nueva*, No. 409, domingo 16 de mayo de 1999, Buenos Aires. Pág. 29. Sin mención de autor.

Usé adrede el verbo *narrativizar* porque al contar episodios de su experiencia pretérita el escritor no abandona la lógica escritural que lo define. Siguiendo de manera intencional el procedimiento de Sherazade enlaza uno y otro suceso a partir de la resonancia imaginética o lexical que una referencia concreta multiplica semánticamente. No todos los hechos de la infancia o de la adolescencia están representados en este escrito sino aquellos que son recuperados de una sentada; al autor no le interesa la fidelidad absoluta del registro historiográfico ni la confrontación verosímil con la materia disponible de sus evocaciones⁷. No tiene fijado de antemano un límite ni tampoco le preocupan las reiteraciones de ideas ya expresadas en ensayos (como los clásicos *Cuadernos de Lanzarote*) o artículos periodísticos. Está seducido por la fuerza del relato y quiere compartir con sus lectores algunas de las vivencias más recónditas, aquellas que –a su juicio– conformaron al hombre que hoy es en verdad.

Por este motivo, el libro no se divide en capítulos como sí lo hacen sus novelas. Y por esta misma razón un episodio contado al final no significa que cronológicamente haya sucedido después ni que sea necesario leer las primeras páginas para poder entenderlo⁸. No hay una lógica rigurosa en su

⁷ Un caso curioso sucede en la pág. 142 del libro en la que corrige una información proporcionada con anterioridad: “Resuelta ahora la duda, aliviada la conciencia de la pesadumbre del error, puedo proseguir” (Saramago, 2007).

⁸ Coincidiendo con Ángel Loureiro, “la memoria ya no sería un mecanismo de mera grabación de recuerdos sino un elemento activo que reelabora los hechos, que da ‘forma’ a una vida que sin ese proceso activo de la memoria carecería de sentido” (Loureiro, 1991, p. 3).

construcción pero hay –eso sí- una sensibilidad particular que ata cada una de las evocaciones que el lector encuentra y –en esta selección- se adivina un cuidado prolijo y minucioso. Un caso ejemplar lo constituye Azinhaga, la aldea donde nació, que ocupa las primeras páginas del libro y que conduce a diestra y siniestra todo su recorrido.

“A la aldea le dicen Azinhaga”⁹ se lee en la primera línea y ya se percibe un elemento destacado. En lugar de focalizar en la primera persona (al modo de “yo nací en Azinhaga”) la referencia geográfica se acerca al sujeto como invistiéndole de una territorialidad en la cual puede asentarse y – a partir de entonces- fluir (“En estos lugares viene al mundo” (p. 12)). La aldea está situada en la provincia de Ribatejo al sur de Portugal y –aunque nunca novelada en forma específica- sus huellas se dejan interpretar en los paisajes del Alentejo que Saramago describe en su libro *Levantado do chão* [Levantado del suelo] (1980).

Además de ser una localidad geográfica en concreto, Azinanhaga en el texto que estamos analizando se revela como el *centro del mundo* de Saramago, el lugar mítico por excelencia en el que la vida se desviste para darse. De allí que no sea accidental comenzar el libro por esta referencia porque –

⁹ En la pág. 13 del libro señala: “Dicen los entendidos que la aldea nació y creció a lo largo de una vereda, de una azinhaga, término que viene de una palabra árabe, as-zinaik, “calle estrecha”, lo que en sentido literal no podría haber ocurrido en aquellos comienzos, pues una calle, sea estrecha, sea ancha, siempre será una calle, mientras que una vereda nunca será nada más que un atajo, un desvío para llegar más deprisa a donde se pretende, y en general sin otro futuro ni desmedidas ambiciones de distancia” (Saramago, 2007).

conforme al modelo de las cosmogonías tradicionales- antes de hablar del hombre hay que crear el mundo.

Aunque presa a esta dimensión simbólica cabe aclarar que Azinhaga no es el lugar de residencia fija del autor porque, como éste mismo lo explica, “cuando todavía no había cumplido dos años, mis padres, emigrantes empujados por la necesidad, me llevaron a Lisboa, a otros modos de sentir, pensar y vivir, como si nacer donde nací hubiera sido consecuencia de una equivocación del azar, de una casual distracción del destino, que todavía estuviera en sus manos enmendar” (p. 12). Vemos entonces que, mal conocida, la aldea deja de ser el lugar de residencia del escritor para tornarse –eso sí- lugar de paso durante las vacaciones.

En muchas intervenciones el escritor recuerda esos días cuando recién llegado de Lisboa se descalzaba para entrar al pueblo permaneciendo así durante tres largos meses, terminados los cuales volvía a calzar sus zapatos para retornar al mundo de la ciudad. Estos datos que estoy proveyendo son elocuentes en sí mismos ya que la experiencia citadina de Saramago es –registrada en forma de cronología- mayor que la pueblerina pero –analizada desde la vivencia- altamente superior. Agrega el autor:

Sólo yo sabía, sin conciencia de saberlo, que en los ilegibles folios del destino y en los ciegos meandros del acaso había sido escrito que tendría que volver a Azinhaga para acabar de nacer. Durante toda la infancia y también en los primeros años de la adolescencia, esa pobre y rústica aldea con su frontera rumorosa de agua y de verdes, con sus casas bajas rodeadas del gris plateado de los olivares, unas

veces requemada por los ardores del verano, otras veces transida con las heladas asesinas del invierno o ahogada por las crecidas que le entraban puerta adentro, fue la cuna donde se completó mi gestación, la bolsa donde el pequeño marsupial se recogió para hacer de su persona, en lo bueno y tal vez en lo malo, lo que sólo por ella misma, callada, secreta, solitaria, podría ser hecho (p. 13).

Como todo lugar mítico la aldea abre los diferentes caminos para acceder al universo. Y en la escritura saramaguiana, éstos se descomponen en cuatro que son recorridos arduamente según la voluntad de aventura:

No tengo mucho donde elegir: o el río, y la casi inextricable vegetación que le cubre y protege las márgenes, o los olivares y los duros rastrojos del trigo ya segado, o la densa mata de rosáceas, hayas, fresnos y chopos que bordean el Tajo, después del punto de confluencia con el Almonda, o, por último, hacia el norte, a unos cinco o seis kilómetros de la aldea, el Paular del Boquilobo, un lago, un estanque, una alberca que al creador de los paisajes se le olvidó llevarse el paraíso. No había mucho donde elegir, es cierto, pero, para el niño melancólico, para el adolescente contemplativo y tan frecuentemente triste, éstas eran las cuatro partes en que se dividía el universo, de no ser cada una de ellas el universo entero” (p. 21).

Pero Azinhaga es importante para Saramago –que desde temprano se define como triste conforme consta en la cita reproducida- porque allí está la “casa”, no la casa donde nació, de la que no guarda ningún recuerdo, sino “la otra”, la que durante diez o doce años fue el hogar supremo, el más íntimo y profundo, la pobrísima morada de los abuelos maternos,

Josefa y Jerónimo, que para el autor constituye “ese mágico capullo donde sé que se generaron las metamorfosis decisivas del niño y del adolescente” (p. 20).

El libro de memorias abunda en descripciones físicas y emocionales de la “casa” familiar destacando siempre la miseria económica, las ingentes necesidades de mejora al lado de la construcción de un universo cerrado y continente que es refugio del ser y morada –filosóficamente hablando- de la existencia. En este contexto, los abuelos maternos –que los lectores saramaguianos descubrimos en el discurso de obtención del Premio Nobel, a quienes se lo dedicó- son los ‘duendes guardianes del hogar’ de las mitologías escandinavas. Además de modelos vitales y de ejemplos de comportamiento, son las referencias éticas insoslayables de su vida de adulto. Tal vez sean las páginas ceñidas a sus evocaciones las que tornan afectivo el libro y le dan una tónica particular donde la reminiscencia histórica se cruza con el haz de sensaciones que la provoca. Al lado del anecdotario personal que le sigue (las referencias a la escuela, al origen del apellido, al hermano Francisco, etc.) estos fogonazos de impresiones reconcilian al lector con el libro ya que por su intermedio se sella la promesa pendiente que el autor debía a su público.

Voy a detenerme algunos instantes en la descripción de una de estas instantáneas porque –en este punto de la incursión narrativa- los episodios centrales de la historia se tornan ‘homenaje’ y desde este lugar son leídos.

Caía la lluvia, el viento zarandeaba los árboles deshojados, y de tiempos pasados viene una imagen, la de un hombre alto

y delgado, viejo, ahora que está más cerca, por un camino inundado. Trae un cayado al hombro, un gabán embarrado y antiguo, y por él se deslizan todas las aguas del cielo. Delante vienen los cerdos, con la cabeza baja, rozando el suelo con el hocico. El hombre que así se aproxima, difuso entre las cuerdas de la lluvia, es mi abuelo. Viene cansado, el viejo. Arrastra consigo setenta años de vida difícil, de privaciones, de ignorancia. Y no obstante es un hombre sabio, callado, que sólo abre la boca para decir lo indispensable (p. 155).

Y sigue la referencia acentuando aquellos aspectos que lo tornan una figura emblemática en su camino de niño, de adolescente y también desde el lugar de adulto en el que es configurado a través de la memoria. En el párrafo extractado hay algunas señales de orden sintáctica y morfológica que conviene revisar antes de avanzar en el texto. La primera tiene que ver con la distancia física que el recuerdo aminora al hacerla palpable. Obsérvense al respecto el empleo del tiempo verbal en presente que se independiza de los enunciados que instalan el pasado como tal algunas frases más arriba, cuando evocan circunstancias relegadas al olvido y recuperadas sólo por azar. A esta distancia temporal reducida se le suma la perspectiva espacial (reproducida en la expresión “ahora que está más cerca”) como advirtiendo que la transposición del recuerdo tiene una dimensión mensurable y que aquello que significa permanece, por más que el tiempo cronológico se volatilice en una envión del acontecimiento. La cita reproducida más arriba posee también una dimensión visual como la que es posible percibir al reconocer una fotografía antigua y actualizarla por un acto de confrontación consciente.

De allí expresiones como las que utiliza Saramago en su descripción: “delante vienen los cerdos” o “el hombre que así se aproxima”. Curioso es advertir estas sutilezas cuando el libro se acompaña también de fotografías que exhiben datos complementarios a los aquí referidos. José no ha querido «ilustrar» sus reflexiones con imágenes, de allí que las sitúe al final y no acompañando el curso del relato. Por el contrario, estas fotografías hablan por sí mismas y refuerzan líneas de sentido abierta por las evocaciones.

Una última observación sobre el párrafo extractado y que tiene que ver con este dispositivo imaginético: la construcción física y fisionómica del abuelo a partir de una postal predefinida. Me refiero a la ropa con que lo viste (el gabán embarrado) y a las marcas subjetivas que le imprime y que configuran su definición existencial. Recogiendo los datos dispersos que brinda en estos enunciados, podemos concluir que Don Jerónimo reúne en su construcción identitaria una personalidad paradójica que integra el misterio de lo profundo en su dimensión filosófica y la sencillez del hábito comportamental que caracteriza a su raza y origen. Un figura tutelar, en suma.

Para concluir esta sucinta revisión del bosquejo autobiográfico que se propone el autor en *Las pequeñas memorias* no quisiera pasar por alto el lugar relevante concedido a la abuela y cuya marca gráfica subvierte la lógica composicional del texto mismo. Después de la evocación del abuelo, Saramago le habla a Doña Josefa. El discurso en primera persona plural que venía utilizando al narrar las experiencias pretéritas –inteligibilizadas como presente- se corporiza a

través de la asunción de un vocativo y torna inmediato el acto de habla. Cito:

Tú estabas, abuela, sentada en la puerta de tu casa, abierta ante la noche estrellada e inmensa, ante el cielo del que nada sabías y por donde nunca viajarías, ante el silencio de los campos y de los árboles encantados, y dijiste, con la serenidad de tus noventa años y el fuego de una adolescencia nunca perdida: ‘El mundo es tan bonito y yo tengo tanta pena de morir’. Así mismo. Yo estaba allí (p. 156).

Es curioso el párrafo extractado porque la dimensión temporal que lo circunscribe amalgama, en un mismo tiempo, un instante de presencia con el fulgor de una memoria perdida: “tú estabas, abuela, sentada en la puerta de tu casa (...) Yo estaba allí”. El refuerzo deíctico espacial (allí) connota esta posibilidad de la memoria de autoconstruirse a través de la evocación imaginaria.

Aunque podría extenderme mucho más sobre los episodios inteligibilizados mediante el recuerdo, la extensión del trabajo inhibe este propósito, motivo por el cual pretendo dejar esbozado sólo una breve reflexión final. Si –como afirma la investigadora guatemalteca Lucrecia Méndez de Penedo- el “depósito de elaboraciones simbólicas” (p. 132) que constituye la memoria surge desde un referencial fijo paradójicamente mutable, la tarea creativa de Saramago en sus pequeñas memorias constituye sólo un capítulo menor de las grandes memorias que los lectores construimos sobre él al apropiarnos de sus ficciones.

Bibliografía consultada

- Arias, J. (1998). *José Saramago: el amor posible*. Buenos Aires: Planeta.
- Caballe, A. (1991). "Memorias y Autobiografías en España (siglos XIX y XX)". A. Loureiro. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Barcelona: Anthropos, pp. 143 - 169.
- Loureiro, A. (1991). "Problemas teóricos de la autobiografía". *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Barcelona: Anthropos, pp. 2 - 8.
- Mendez de Penedo, L. (2007). "Juan José Arévalo, desde y en la memoria". *Revista Cultura de Guatemala*, 132 - 150.
- Metz, J. B., & Wiesel, E. (1996). *Esperar a pesar de todo*. Madrid: Trotta.
- Saramago, J. (1980). *Levantado do chão*. Lisboa: Caminho.
- Saramago, J. (1998). *Cuadernos de Lanzarote (1993-1995)*. Madrid: Alfaguara.
- Saramago, J. (2007). *Las pequeñas memorias*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Weintraub, K. (1991). "Autobiografía y conciencia histórica". A. Loureiro. *La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental*. Barcelona: Anthropos, pp. 18 - 33.

Fecha de recepción: 27/10/2014

Fecha de aprobación: 11/5/2015